

CUARTO FRAGMENTO

Es otra vez de noche, la tierra es blanda, los pies se hunden hasta los tobillos y son siempre los mismos lugares: la ribera, el sendero que se adelgaza entre las chacras, un bosquecillo de algarrobos, el arenal. Tú por aquí, Toñita, nunca por allá, no los vayan a ver desde Castilla. La arena cae sin misericordia, cúbreala con la manta, ponle tu sombrero, que baje su cabecita si no quiere que le arda la cara. Los mismos ruidos: el runrún del viento en los algodones, música de guitarras, cantos, jaleos y, al alba, los profundos mugidos de las reses. Tú ven, Toñita, sentémonos aquí, descansarán un rato y seguirán paseando. Las mismas imágenes: una cúpula negra, estrellas que parpadean, brillan fijas o se apagan, el desierto de pliegues y dunas azules y, a lo lejos, la construcción erecta, solitaria, sus luces lívidas, sombras que salen, sombras que entran y, a veces, en la madrugada, un jinete, unos peones, un rebaño de cabras, la lancha de Carlos Rojas y, en la otra orilla del río, las puertas grises del camal. Háblale del amanecer, tú ¿me oyes, Toñita?, ¿te dormiste?, cómo se divisan los campanarios, los tejados, los balcones, si lloverá y si hay neblina. Pregúntale si tiene frío, si quiere volver, abrígale las piernas con tu saco, que se apoye en tu hombro. Y ahí, de nuevo, el alboroto intempestivo, el extraño galope de esa noche, el sobresalto de su cuerpo. Incorpórate, mira, ¿quiénes corren?, ¿una apuesta?, ¿Chápiro, don Eusebio, los mellizos Temple? Tú escondámonos, agachémonos, no te muevas, no te asustes, son dos caballos y ahí, en la oscuridad, quién, por qué, cómo. Tú pasaron cerca y en caballos chúcaros, qué tales locos, van hasta el río, ahora regresan, no tengas miedo chiquita, y ahí su rostro girando, interrogando, su ansiedad, el temblor de su boca, sus uñas como clavos y su mano por qué, cómo, y su respiración junto a la tuya. Ahora cálmala, tú yo te explico, Toñita, ya se fueron, iban tan rápido, no les vi las caras y ella tenaz, sedienta, averiguando en la negrura, quién, por qué, cómo. Tú no te pongas así, quiénes serían, qué importa, qué sonsita. Una trampa para distraerla: métete bajo la manta, ocúltate, deja que te tape, ahí vienen, son montones, si nos ven nos matan, siente su agitación, su furia, su terror, que se acerque, que te abraza, que se hunda en ti, tú más, Toñita, pégate más y dile ahora que mentira, no viene nadie, dame un beso, te engañé chiquita. Y hoy no le hables, escúchala a tu lado, su silueta es un barco, el arenal un mar, ella navega, tranquilamente sorteando médanos y arbustos, no la interrumpas, no pises la sombra que proyecta. Enciende un cigarrillo y fuma, piensa que eres feliz. Charla con ella y bromea, tú estoy fumando, le enseñarás cuando crezca, las niñas no fuman, se atoraría, riéte, que se ría, ruégale, tú no estés siempre tan seria, Toñita, por lo que más quieras. Y ahí, de nuevo, la incertidumbre, ese ácido que roe la vida, tú ya sé, se aburre tanto, las mismas voces, el encierro, pero espérate, falta poco, viajarán a Lima, una casa para los dos solos, no habrá que esconderse, le comprarás todo, verás, Toñita, verás. Siente otra vez esa emoción amarga, tú nunca te enojas, chiquita, que sea distinta, que se enoje alguna vez, que rompa las cosas, llore a gritos y ahí, ausente, idéntica, la expresión de su rostro, el suave latido de sus sienes, sus párpados caídos, el secreto de sus labios. Ahora sólo recuerdos y un poco de melancolía, tú por eso te miman tanto, cómo se han portado, no dijeron nada, te traen dulces, te visten, te peinan, parecen otras, entre ellas se pelean tanto, qué maldades se hacen, contigo tan buenas y tan serviciales. Diles me la he traído, me la he robado, la quieres, va a vivir contigo, tienen que ayudarte y ahí, de nuevo, su excitación, sus protestas, le juramos, prometemos, responderemos a su confianza, sus cuchicheos, su revoloteo, míralas, conmovidas, curiosas, risueñas, siente su desesperación por subir a la torre, por verla y hablarle. Y otra vez ella y tú te quieren todas, ¿porque eres joven?, ¿porque no hablas?, ¿porque les das

pena? Y ahí, esa noche: el río fluye oscuramente y en la ciudad no quedan luces, la luna alumbraba apenas el desierto, los sembríos son manchas borrosas y ella está lejos y desamparada. Llámala, pregúntale, Toñita ¿me oyes?, ¿qué sientes?, por qué jala así tu mano, si se ha asustado de la arena que cae tan fuerte. Tú ven Toñita, abrígate, ya pasará, ¿crees que nos va a tapar, que nos va a enterrar vivos?, de qué tiemblas, qué sientes, ¿te falta el aire?, ¿quieres volver?, no respires así. Y no te dabas cuenta, tú soy tan bruto, qué terrible no comprender, chiquita, no saber nunca qué te ocurre, no adivinar. Y ahí, de nuevo, tu corazón como un surtidor y las preguntas, su chisporroteo, cómo piensas que soy, cómo las habitantas, y las caras, y la tierra que pisas, de dónde sale lo que oyes, cómo eres tú, qué significan esas voces, ¿piensas que todos son como tú?, ¿que oímos y no respondemos?, ¿que alguien nos da la comida, nos acuesta y nos ayuda a subir la escalera? Toñita, Toñita, ¿qué sientes por mí?, ¿sabes lo que es el amor?, ¿por qué me besas? Haz un esfuerzo ahora, no le contagies tu angustia, baja la voz y suavemente dile no importa, mis sentimientos son tus sentimientos, quieres sufrir cuando ella sufra.

Mario Vargas Llosa, La casa verde, 1966